

Sugestão de citação: Anónimo (Ed.): "Número XXI", em: *El Filósofo à la Moda*, Vol.2\003 (1788), S. NaN-52, etidado em: Ertler, Klaus-Dieter (Ed.): Os "Spectators" no contexto internacional. Edição Digital, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.710

Número 21

Leccion XXXIX

A los Favorecidos de las Damas.

. *Sed tu, simul obligasti*
Perfidum uotis, caput enitescis
Pulchrior multo

Horat. lib. II. Od. VIII. 5.

Estoy persuadido que ninguna cosa podria subministrar jamas tanto entretenimiento, quanto la historia de los *Favorecidos*, que de tiempo en tiempo son de moda entre las damas, y cada una quisiese decir de buena lo que la tiene empeñada á dar la preferencia á éste mas bien que á aquel, y si cada uno de ellos contase cándidamente con qué accion heroica ó con qué discrecion se hizo gar entre las hermosas. A mí me es tan fácil conocer cuándo un hombre se compone para agradar á las Damas, como quando le veo armado para salir á caza. *El Favorecido de las bellas*, que por otro nombre le podemos llamar *Cortejo*, tiene el porte y las facciones totalmente diferentes de las de los demas individuos de nuestra especie: afecta un cierto ayre descuidado en sus vestidos, y procura siempre parecer lo que no es. Los cazadores imitan la voz de los páxaros que quieren coger en sus redes; del mismo modo los *Favorecidos*, de que hablamos, procuran semejarse á la hermosa que desean sorprehender. Saben todo lo que pasa en las familias; estan ocupados de unos cuidados muy ligeros; no ignoran lo que es necesario para curar un catarro, y nunca salen á la calle sin tener consigo un botecito de quintas esencias para el caso de alguna indisposicion repentina.

La curiosidad, que es mi pasion predominante, y el único placer de mi vida, á veces me ha empeñado á exáminar el curso de ciertos enredos amorosos, como tambien los modos y calidades de aquellos que regularmente saliéron con buen suceso. Nunca he conocido hombre de juicio, que haya sido generalmente el *Favorecido* de las Damas. Un ayre singular, una extrañeza de humor, una imaginacion ridícula, en una palabra, todo lo que hubiera sido capaz de la mofa, del escarnio de los demas hombres, esto mismo ha servido de recomendación para con las *hermosas*. Sentiria ofender á personas tan dichosas como las de quien hablo; pero es necesario hacer observacion, que el *Cortejo* se distingue en la singularidad de los vestidos, y en una frecuencia insulsa al lado de las hermosas. Ademas para agradar á una Dama bizarra, necesita la reputacion de haber sido él bien recibido de alguna otra, porque no se puede ignorar, que entre estas criaturas arden continuamente unos furiosos zelos, y no piensan quasi en otra cosa, sino en avasallar á los esclavos de sus competidoras.

El favorecido de las Damas no debe ser ni tonto ni muy discreto. Solamente se trata de palabras, de subministrar material á la conversacion; y no de hablar con seriedad, ó cosas importantes. Entre los que las visitan no hay quien mas congenie con ellas, que aquellos voluntarios que las sirven *gratis*, sin esperar ninguna recompensa ni el menor adelantamiento. Les basta darlas la mano al salir de una Iglesia, ó de otro concurso público; ser admitidos en su compañía, y que tengan libertad de pasar con ellas una parte de aquel tiempo, que causa tanto fastidio á los ociosos. No hablo de aquellos desvanecidos que se enamoran de todas las que ven, y que presumen

ser los mejores mozos, y los mas entendidos hombres del siglo, y que nada puede resistir á sus atractivos. Son innumerables tales conquistadores, particularmente quando la Corte vuelve de alguna jornada.

Quando se ve que un hombre se presenta en una tertulia, ó en un concurso con afectado donayre, que habla alto fuera de propósito, que no tiene las debidas atenciones á la compañía con quien se halla, y que estudia ciertos modos descuidados, se puede sin duda decidir que ha rendido á muchas hermosuras. Un aspecto altanero, el pecho elevado, el sombrero á la extremidad de la frente, el paso en cadencia, y ciertas miradas con destreza á todas partes son las señales que distinguen los favorecidos de las Damas. Estas admirables calidades no se ven siempre unidas en un mismo sugeto; no Señor, ántes muy rara vez; ¡jay del mundo, si tal sucediera con freqüencia! uno solo bastaba para encadenar un millon de bellezas. Si alguno juntase á estos talentos una proporcionada sabiduría, y viviese en la Corte ú otro pueblo grande, seria necesario avisar al público por medio de carteles, de los Diarios, de los Correos y demas periódicos (en cuyo caso traerian tambien esta utilidad al público) para que cada uno enviase á sus mugeres y á sus hijas á parages seguros. Sucede alguna vez que un hombre de éstos ha leído *las Musas de Quevedo*, ó *las Comedias de Calderon*, y toda la demas caterva de nuestros Poetas; que ha compuesto alguna mala Comedia ó Tirana, y sabe de memoria la traduccion de las Cartas de Ovidio. ¡Ah, si fuese tan fiel, como es amable! Esto seria demasiado: á pesar de su perfidia las Damas se hallan dispuestas á manifestarle afecto: “Se le concederia de buena gana algun pequeño favor para tener el gusto de oirle hablar, sea que chancee sobre los cupidillos de un abanico, contando sus cañas, sea que las regale con una infinidad de epitectos, que nunca le faltan. La fragilidad de una muger que se rinde á tan fuertes asaltos, es sin duda digna de compasion.” Por esto muchas Damas, viendo á uno de estos conquistadores, dicen que tales hombres no tienen el menor escrúpulo de hacerlas perder su honor y su reputacion. Es cierto que en la mayor parte de los amores (particularmente clandestinos) quedan preferidas las calidades quiméricas á las virtudes sólidas. Una hermosura poco teme conciliarse el desprecio de los hombres con su desabrimiento, con tal que tenga seguridad de ser siempre el objeto de la pasion de alguno, y de conservar sus donayres y buen porte. Se podria sacar por consecuencia, que los dos sexôs no se aplican á la lectura de todas las mas desabridas Novelas, ni á tratar con las personas mas insulsas, sino por competir en sus imperfecciones, y llegar á ser ó un *amable impostor*, ó una *pérfida hermosa*.

Leccion XL

A los Viejos Afeminados, y Viejas Presumidas.

*Possent ut juvenes visere fervidi,
Multo non sine risu,
Delapsam in cineres facem.*

Horat. lib. IV. Od. XIII. 26.

Si los mas mínimos talentos del alma ó del cuerpo nos han grangeado á veces algunos aplausos, nos engreimos de modo, que nos lisonjemos poseerlos para siempre, y que no tendrá poder la vejez para quitárnoslos. Jamas abandonamos los medios que nos proporcionaron diferentes elogios. De aquí nace que un autor prosigue escribiendo, aunque se haya vuelto un niño, y comience á niñear, aunque su memoria ya no le sirva, y aunque aquella viveza y calor natural que alguna vez le animaba no le aliente ya. La misma locura hace que un hombre no conozca lo que es propio de su edad. *Clodio* fué un baylarin arrogante quando tenia 25 años, y ahora que tiene mas de 60 quiere todavía baylar fandangos y contradanzas, aunque le tiemblan las piernas. Esta locura en fin llena la Corte de *viejos afeminados*, y de *viejas presumidas*.

Canidia, que es una Señora de esta clase, pasó ayer junto á mí en coche. En 1370 era una belleza extraordinaria; era seguida de un tropel de adoradores, á quienes daba pábulo para tener la complacencia de tiranizarlos. Entónces se habituó á aquellas miradas imperiosas, que no ha podido dexar hasta ahora, de modo, que tiene toda la altivez de una grande hermosura, sin tener ni la mas mínima de sus gracias. Si atrae los ojos de alguno es únicamente

para lastimarse de su ridículo donayre. Las Damas se rien de su afectacion, y los Caballeros, que igualmente tienen una satisfaccion maligna en ver humillada una hermosura imperiosa, la contemplan del mismo modo que un pueblo libre contempla la desgracia de un tirano.

Un amigo mio, grande admirador de las galanterías que eran de moda á principios de este siglo, me comunicó dias hace una carta, que un bello ingenio de aquellos tiempos escribió á su enamorada, y me parece justamente ser del humor de *Canidia*: aunque yo no tengo siempre el gusto de mí amigo, la hallé tan bien puesta, que saqué inmediatamente copia de ella, para darla al público, y es la siguiente.

Señora.

Ya que las conversaciones que he tenido con vmd. quando estaba totalmente despierto nada han podido lograr á mi favor, determino experimentar si mis sueños tendrán mejor fortuna. Con este pensamiento haré á vmd. la relacion de un sueño muy extraño que tuve la otra noche, pocas horas despues de haber dexado á vmd.

Me pareció hallarme empantaxado en un gran valle, dividido en dos partes por un rio, cuyas aguas eran clarísimas: no se podía ver cosa mas agradable ni apacible que aquella soledad. La tierra insensiblemente se elevaba de una y otra parte del rio, y me hallaba cubierto de una variedad infinita de delicadas flores, que multiplicadas al parecer por la claridad de las aguas, como en cristalinos espejos, hacian mayor la delicia de aquel sitio, ó mas bien formaban otra decoracion tan viva, como la real. Sobre las dos orillas del rio habia dos filas de árboles altos y magestuosos, con tanta multitud de paxarillos, como de ojas, que por todas partes formaban una dulce harmonía.

Poco habia yo andado por esta morada, quando vi á lo léjos que remataba en un templo de arquitectura antigua, pero muy regular, y de gran magnificencia. En lo alto de la fachada se veia la estatua de *Saturno* con el mismo traje que los poetas nos pintan al tiempo.

Miéntas me adelantaba para observarle de cerca, y satisfacer mi curiosidad, me detuvo un objeto mucho mas hermoso que él, y todos los que hasta entónces habia visto. Estoy cierto, Señora, que vmd. inmediatamente conjeturara que este objeto no podía ser sino vmd. misma. Efectivamente no se engaña, vmd. era aquel amable objeto, que vi dormida sobre las flores, que adornaban el rio, y de modo, que sus brazos extendidos quasi tocaban al descuido las primeras olas del agua con la extremidad de sus dedos. Si el sueño que cerraba á vmd. los ojos me quitó el gusto de verlos, me franqueó ocasion de observar muchas gracias suyas, que hubieran desaparecido, apénas despertara. Admiré entre muchas cosas su tranquilidad y descanso, en oposicion de la inquietud que vmd. causa á tantos. Miéntas esta y otras reflexiones me ocupaban, un ruido furioso me anunció que se abrian las puertas del templo; volví los ojos ácia aquella parte, y vi dos personajes baxo figura humana que entraban en el valle. Despues de haberlos contemplado bien, conocí que eran la *Juventud* y el *Amor*. La primera coronada de un resplandeciente cerco, cuyo color era semejante á la púrpura, llenaba todo el valle con su resplandor. El otro tenia en la diestra una hacha encendida. Se adelantaron ánte nosotros, y observé que al parque ellos se acercaban, las flores aumentaban su color, y los árboles se vestian de nuevas hojas; los machos y las hembras de los paxarillos se unian, y redoblaban sus armoniosas voces; en suma toda la faz de la naturaleza brillaba de nuevos resplandores. Apénas estos dos personajes llegaron al parque donde estabamos, quando se sentaron el uno á la diestra, y el otro á la siniestra de vmd. Me pareció entónces, que su color se avivió mas, y que toda su persona se naba de nuevas gracias y donayres de manera que parecia mas humana. Pero quedé muy sorprendido al ver que á pesar de todos los esfuerzos que hiciéran aquellas dos deidades para despertar á vmd., se mantenía en su profundo sueño.

Poco despues la *Juventud* desplegó dos alas, que no habia reparado tuviese, y voló á lo alto hasta que la perdí de vista. El *Amor* prosiguió en dexar su hacha encendida delante del rostro de vmd. que me parecia mas hermosa que nunca. La brillantez de aquella llama que justamente heria en los ojos de vmd. por último la despertó; pero en lugar de quedar reconocida á los favores de aquella deidad, vmd. con admiracion mia se ensoberbeció, y arrancándole el hacha de las manos la apagó, metiéndola en el rio. Luego que aquel pequeño Dios la miró á vmd. con ojos mezclados de lástima y cólera, tomo tambien el vuelo al ayre, é inmediatamente se esparció por todas partes un ayre melancólico y obscuro. Despues compareció una horrible fantasma, que entró por la parte opuesta del valle. Tenia los ojos undidos, pálido el rostro y desfigurado, y el cutis todo sembrado de arrugas. A medida que él caminaba á lo largo del rio, el agua se helaba, las flores se marchitaban, los árboles perdian su verdor, y los

paxarillos caian muertos. A estas lúgubres señales conocí que era la vejez: al acercarse á vmd. quedó cubierta de horror y de espanto. Pretendió huir de sus manos, pero la fantasma finalmente la cogió entre sus brazos. Dexo que vmd. imagine la mudanza que causó en su persona; por lo que hace á mí, aunque su terrible figura está muy presente en mi imaginacion no me atrevo á pintarla por temor de no ofenderla. Pero sí diré que conmovido de la vista de tan funesto objeto, el sueño me abandonó de repente, y tuve lugar de exâminarlo, pues me pareció demasiado extraordinario si acaso no encierra algun misterio. Me repito con fino afecto á su disposicion, &c.